

CANCIONERO DEL TIEMPO DE CARLOS PEREZALONSO

Impresos Tesoro, León, Nicaragua, 87pp., 2019

Por Erwin Silva¹

Al abrir el libro *Cancionero del tiempo* de Carlos Perezalonso (1943) y leer los primeros poemas, tengo la primera percepción del fluir de Heráclito, de ese río sin horizontes que es el tiempo que todo lo cambia y lo consume, por eso el poeta llama a disfrutar y cantar el presente con un trasfondo horaciano y con esa especie de incertidumbre y agnosis dariana "del no saber nada, ni hacia dónde, ni el cómo, ni el cuándo".

Dedicar un poemario completo al tiempo y sus estragos es un logro poético y dice verdad cuando el tiempo hace tiempo o temporéa; con una paráfrasis diríamos que el tiempo amanece porque es de la misma substancia de la luz, atardece porque es de la misma materia de la nostalgia y la memoria y anochece porque es el rey de la pesadilla y el miedo.

El libro estructurado en cantos, adagios, arias y rapsodias está organizado para que fluya como música en el tiempo; pero es algo más: la memoria del amor de los que amaron y ceniza son hoy a la sombra del Hades.

Carlos Perezalonso nos muestra una capacidad extraordinaria al agrupar estos textos del tiempo, porque no son sobre el tiempo

solamente como sería si Heráclito llorara por lo ido y lo perdido sino que también hay una conciencia del tiempo que no tiene un futuro esperable y se mantiene sólo en la esperanza siempre fresca.

No lejos se encuentra la muerte del tiempo,"su cómplice" lo llama el autor. Entonces qué es lo que nos salva de los días que acenizan las cosas, si de todas formas estamos condenados, ¿acaso el olvido? ¿La Belleza que persiste? Tal vez la respuesta la tiene el poeta cuando afirma en verso "La palabra no salva al que la escribe/sino al que la lee."



Autor: Silvia Zúniga

¹ Profesor de Educación Primaria. E- Mail:ecopazdh@hotmail.com. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2151-3396>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas

Selección de poemas

Cancionero del Tiempo

ADAGIO

Espejos

En todos los espejos que te has visto
 has visto a otros. Todos los días
 que has vivido
 otro los ha vivido.
 Sólo eres una memoria,
 un tremendo obstinado y juguetero;
 una carcajada en un bar,
 el olor de aquella mujer,
 un olivo sobre una colina solitaria de Chihuahua;
 el mar, por supuesto;
 nombres danzando en un caleidoscopio de
 tiempo;
 el tuyo, el tuyo siempre
 más para allá, antes que la nostalgia
 lo contagie. Pero no le hagas concesiones
 al invento que has hecho de ti mismo.
 No vas a aparecer en escena.

In promptu

"Ay, tierra de susurro de alas..."

Isaías 18, 1

Una paloma gris quebró su alto vuelo
 contra el vidrio de mi cuarto de hospital
 del Instituto de Cardiología de Bogotá.
 Cayó como una pluma más al pavimento.

Sin una gota de sangre.
 En una mañana limpia,
 azul y fría.

Un golpe imperioso y seco
 como una llamada que nadie espera.
 Una advertencia que alertó algo en mí.
 O quizá el gesto engañosamente afable
 que al otro lado de la ventana
 me hiciera una bestia insomne pero puntual.

Un vuelo. Un solo vuelo
 tan limpio, tan fugaz, tan claro,
 directo y sin escalas.

La muerte no se detiene a ver
 qué hacemos ni cómo estamos.

No se excusa.

Así son sus modos.

Lo dramático, lo sucio, lo sangriento
 son las circunstancias, que no le pertenecen.

Ella es la misma siempre.

Quirúrgicamente exacta.

Debajo de la ventana oigo
 un alboroto de alas que comienza el vuelo
 de regreso hacia los Andes.



Autor: Silvia Zúñiga.

CORAL

Pasa el tiempo en el volcán Casita

I

Amanece el tiempo,
que es de la misma substancia que la luz,
que los sueños y la muerte.
Se acuesta sobre la clara mañana
como un turista satisfecho
en la playa.

II

En la cálida soledad del patio
donde se seca el café
se tiende el tiempo.
El mediodía, entre los matorrales
se esconde. Busca la sombra.
En el horizonte azul
donde los otros volcanes aguardan,

vuela el tiempo.

Voces agudas, pajareras, de mujeres,
llegan desde los cafetales,
donde el tiempo se hace vegetal
y huele.

III

Atardece el tiempo,
que es de la misma materia
que la nostalgia y la memoria;
se muda, se transforma, se diluye.

IV

Anochece el tiempo,
rey de la pesadilla y la advertencia,
de la misma naturaleza que el miedo;
mete la mano en lo más oscuro,
remueve la vergüenza.

RAPSODIA

I
Estoy claro que nosotros
los de entonces
ya no somos los mismos.
Ni nosotros, los de ahora
seremos los de mañana.
¿Cuál mañana?

Todos los días salgo
en una nueva búsqueda
"¿Brillas para los muertos,
dorada luz de amor?"

Ellos, los que amaron más
que nosotros, amor hecho cenizas,
gránulos óseos
en delicadas cajas de caoba,
buscando un rincón en el sepulcro,
en los pies o en la cabeza
del cadáver del abuelo,
obligando fraternidades que no existieron
pero que nos dejan satisfechos.
La memoria, la dulce memoria
de los muertos que una vez amaron.



Autor: Silvia Zúniga.

//

Trazar una línea en el aire.
Retar al tiempo, escribir
para un futuro que no existe;
nos esforzamos, porque
la permanencia nos salva
según dicen.

¡Oh, ingenuos!
que se jugaron el todo por el todo.

Estos son algunos de los que con valentía
apostaron por el asombro y perdieron:
Hölderlin, Petrarca, Virgilio, Garcilaso,
Quevedo, Darío, Eliot, Pound, Seferis,
Cavafis, Leopardi, Ungaretti...

No lo lograron.
La palabra no salva al que la escribe,
sino al que la lee.



Autor: Silvia Zúñiga.

VARIACIONES

Telaraña

Bajo el quieto sol del llano,
entre las ramas de los jícaros,
el hilo de la telaraña es también de luz.
Pista mortal para la última y tortuosa danza
de los insectos. Los chillidos inaudibles, desafinados,
de los insectos se pierden,
junto a sus caparazones vacíos, en el viento;
cenizas
en el vaho del mediodía.

En los rincones,
las telarañas se vuelven historias secretas,
testigos de promesas incumplidas,
ásperas ansiedades.
Fueron arma eficaz, maldad inocente,
sádica sencillez,
pedazos de la vida,
no de la muerte.
Los días que pasan también acenizan

todo lo que en ellos vivió.
Su trama de luces y sombras es engañosa.
Es trampa ya usada.

Andante

Se deslizó rápido como una liebre
la servilleta blanca sobre la mesa
empujada por el viento, el viento
que sopló además sobre la sal
sobre la ceniza sopló,
y todavía no has llegado.
Las hojas hacen espirales en el viento
y un pequeño güis picotea segundos en el patio
y no has venido todavía.
Pero toma todo esto que te escribo ahora como
bueno
que algo más profundo esconde.
Se va el viento. Se va el pájaro. Se va el tiempo.



Autor: Silvia Zúñiga.

SONATAS EN SOMBRAS

Tacho Lovo en la raya

El hombre se acuesta a la orilla
de una mujer a escuchar su fluir de río,
y lo consigna. Sueña
con suaves murmullos, rumor
de agua entre las piedras,
guijarros chocando en la corriente
como chasquidos de dedos que le reclaman.
Dulce es. Dulce es el soñar.
Nada que ver con el pensamiento frío
que obcecó al ingeniero
sobre el grado de inflexión del metal
en las altas construcciones.
El ingeniero cabezón y poeta,
el traductor de Saint John Perse.
Pero esto es recuerdo lejano.
Ahora estamos hablando tal vez de pájaros y
diluidos/ atardeceres.
Ahora hay una luz y un túnel.
Y voces, todas las voces que oyó en su vida.
¿Qué dicen esas voces?
¿Qué nombres pronuncian en el recodo de la
noche?
Necio el corazón que vuelve una y otra vez/
a los mismos lugares,
a un pasado hecho de azúcar y cianuro.
Pero de pronto un golpe
en la terca cerviz, y la luz
del sol y su filo de oro
que hiere la pupila. El hombre se levanta,
mira asombrado el mundo reverdecido
“¡Mierda!”-dice- “¡Por poquito
y me muero!”

El mensajero

a Silvia y su cuadro
¿Llegó ya el mensajero,
corrió sobre las colinas en medio de la tempestad?
No. Sólo su corcel vino.
Pero la doncella de dorada
larga, ligera cabellera
sale a recibirlo.
Relincha el potro de alegría.
Ella lo acaricia. Roza
con sus pechos los carnosos bellos.
Lo besa. Escudriña en sus ojos
un ignoto pasado de pasión sin culpa;
bosques frondosos donde dioses disfrazados
correteaban ninfas y confundían los géneros,
creando bellos y tristes monstruos
que no escapan ahora de su condición.
Y nosotros, los que esperamos
noticias del reino,
¿hacia dónde cabalgamos?



La muerte de Edwin Yllescas

Morir cotidianamente, solo.
 Más solo que aquella vez que te encontré
 medio lloroso en la barra del Zanzibar,
 escuchando a Luis Aguilé
Ven a mi casa esta Navidad;
 y te llevé a mi casa, por supuesto.
 Pero no tuvo, como hubiera querido
 una muerte dramática.
 No se atrevió.
 No como Noel George Gordon Sexto,
 Lord Byron, muerto en guerra ajena,
 ni como Hart Crane,
 tirándose de la popa del barco
 abrazado a su ukelele
 y gritando "Adiós a todos",
 mientras se hundía en las verdosas
 e insinuantes aguas del Golfo de México.
 Y tampoco como Ernest Heminway
 volándose los sesos con una escopeta
 frente a un espejo.
 No era necesario. Él sabía
 que este asunto de la muerte
 era más discreto:
 Una elegante zambullida
 en la silenciosa ola del tiempo.

Recuentos

"Él no vivió allí. Él murió allí."
 George Bernard Shaw
 acerca de Edgard Poe.
 ¿Cómo pudo vivir en esa podredumbre?
 No tenía noción de la alegría personal.
 Poesía exquisita en medio de la basura.
 El romanticismo alemán colándose
 en el modernismo, y más,
 hasta la vanguardia que lo utilizó.
 Darío temía un destino semejante.
 Pero Darío amaba los oropeles,
 que en el poema transformaba
 en recursos. Música.
 Nosotros no teníamos en Cuba
 -dice Carpentier- gitanos
 para hacer una gitanería,
 ni una Pampa donde
 corrieran gauchos como centauros;
 sólo teníamos a los negros.
 Y fueron al rescate de la negritud
 -los de África y los que
 expulsó de Haití el marido
 de Paulina Bonaparte-
 para integrar a la cultura cubana la negritud,
 pero no para integrarse a ella.
 Una novela y unos poemas,
 desde el balcón de la literatura.
 Eso fue todo.
 ¡Ay, el famoso rescate
 de los valores autóctonos!

Vanguardias. Revoluciones.
Movimientos de escondido repudio y
falsa hermandad. Contra todo,
pero más
contra cualquier arte que sonara a modernista
o romántico.

Wagner, a quien tanto admiraron
los modernistas también
fue repudiado por las vanguardias.

Pero, tal vez, estos ya
intuían algo:

Mientras Berlín se caía a pedazos,
en el Linderoper, Hitler y
su caterva de asesinos asistían
a la presentación de la última parte de
“El anillo del nibelungo”:
“El ocaso de los dioses” de
Wilhem Richard Wagner.

